

Descubre el origen de
Asesinato para principiantes.

INVITACIÓN

Querido

Muerte en la isla

HOLLY JACKSON

CROSS
BOOKS

HOLLY JACKSON

*Muerte
en la isla*



CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

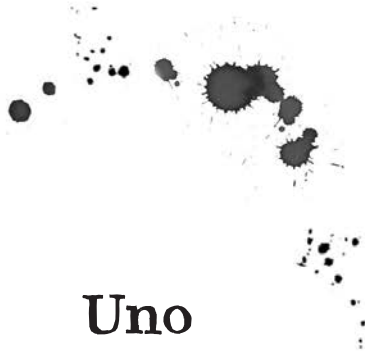
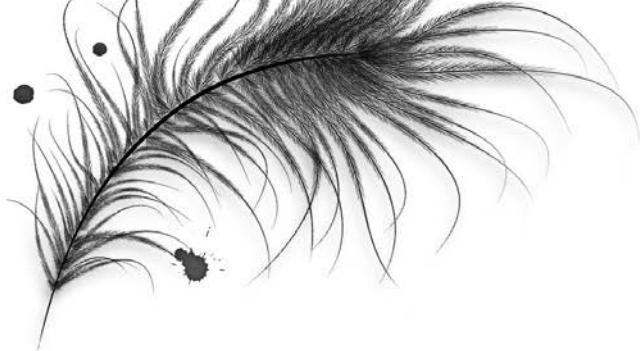
Título original: *Kill Joy*
© del texto: Holly Jackson, 2021
Publicado de acuerdo con Harper Collins Publishers
© de la traducción: María Cárcamo, 2024
© de la traducción del contenido extra: Cristina Carro, 2019
© Editorial Planeta S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2025
ISBN: 978-84-08-29814-4
Depósito legal: B. 522-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque
sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo
y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web
www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera
de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia
artificial.



Uno

Una mancha roja se esparcía por los huecos y espirales de la huella de su pulgar. Pip la analizó como si fuera un laberinto. Si entornaba los ojos parecía sangre. No lo era, pero, si quería, podía engañar a sus ojos. Era Ruby Woo, el pintalabios rojo que su madre había insistido en que usara para «completar el *look* de los años veinte». A Pip se le olvidaba que lo llevaba puesto y no paraba de tocarse la boca sin querer. Tenía otra mancha en el meñique. Manchas de sangre por todas partes, que destacaban sobre su piel pálida.

Pararon frente a la casa de los Reynolds. Pip siempre había pensado que la casa parecía una cara y que las ventanas la miraban.

—Ya hemos llegado, Pipsicola —dijo su padre desde el asiento delantero. Se giró hacia ella con una sonrisa en la cara que le arrugaba la piel negra y la barba teñida de gris que estaba «probando para el verano», para descontento de su madre—. Disfrutad. Estoy seguro de que lo pasaréis de muerte.

Pip gruñó. ¿Cuánto tiempo llevaba deseando decir eso? Zach, a su lado, se rio con educación. Zach era su vecino. Los Chen vivían cuatro números más abajo de los Amobi, así que siempre estaban subiendo y bajando de sus respectivos coches, para ir y volver de todas partes juntos. Pip tenía coche propio desde que cumplió los diecisiete, pero este fin de semana estaba en el taller. Tenía la sensación de que su pa-



dre lo había organizado todo para que tuvieran que aguantar estas insufribles bromas sobre asesinatos.

—¿Alguna más? —dijo Pip, envolviéndose los brazos con la boa negra, el contraste palideciéndolos todavía más. Abrió la puerta e hizo una pausa para poner los ojos en blanco.

—Ah, si las apariencias mataran —dijo su padre con demasiada facilidad.

Siempre había una más.

—Bueno, adiós, papá —dijo, y salió del coche. Zach hizo lo mismo por la otra puerta, no sin antes darle las gracias al señor Amobi por llevarlos.

—¡Que lo paséis bien! —gritó su padre—. ¡Los dos tenéis un aspecto de muerte!

Y otra más. Muy a su pesar, Pip no pudo evitar reírse con esta última.

—Ah, y Pip —dijo su padre, poniéndose serio esta vez—, el padre de Cara os llevará a casa. Si llegas antes que tu madre y yo del cine, ¿te importa sacar al perro a hacer un pis?

—Sí, claro. —Le hizo un gesto con la mano y se fue hacia la puerta junto a Zach. Iba un poco ridículo: una americana roja con rayas azul marino, unos pantalones blancos, una pajarita negra y un canotier cubriéndole el pelo liso negro. Y se había puesto una chapa en la que ponía «RALPH REMY».

—¿Listo, Ralph? —preguntó Pip mientras llamaba al timbre. Y luego otra vez. Estaba impaciente por acabar con esto cuanto antes. Sí, hacía semanas que no veía a todos sus amigos juntos, y puede que se lo fuera a pasar bien. Pero tenía trabajo esperándola en casa y, la diversión, al fin y al cabo, era una pérdida de tiempo. Pero podía fingir lo suficientemente bien y que pareciera que no estaba mintiendo.

—Después de ti, Celia Bourne. —Zach sonrió, y ella se dio cuenta de que estaba emocionado. A lo mejor tenía que esforzarse un poco más en fingir y esbozar una sonrisa.

Fue Connor quien abrió la puerta, pero no parecía Connor Reynolds. Se había puesto una especie de cera de color en el pelo rubio oscuro, y ahora lo tenía gris y repeinado hacia atrás. Tenía unas líneas marrones pintadas alrededor de los ojos, en un pobre esfuerzo por hacerse arrugas. Llevaba una elegante chaqueta negra que seguramente le había cogido a su padre, un chaleco a juego y una pajarita, con un mantelito doblado sobre un brazo.

—Buenas noches. —Connor hizo una reverencia y se le despegó un mechón de pelo gris—. Bienvenidos a la mansión Remy. Soy el mayordomo, Humphrey Todd —dijo, haciendo énfasis en «humph».

Se escuchó un chillido cuando Lauren apareció en el vestíbulo detrás de Connor. Llevaba un vestido con vuelo rojo, con borlas por las rodillas. Un gorro con forma de campana que le escondía casi todo el cabello pelirrojo y un collar de perlas en el cuello que chocaba con la chapa en la que se leía «LIZZIE REMY».

—¿Ese es mi marido? —dijo emocionada, dando saltitos hacia delante y arrastrando a Zach a la casa.

—Veo que ya está todo el mundo muy emocionado —dijo Pip, siguiendo a Connor por el vestíbulo.

—Bueno, menos mal que ya has llegado tú para calmar-nos un poco a todos —bromeó.

Ella amplió la sonrisa y fingió todavía más.

—¿Están tus padres? —preguntó Pip.

—No, estarán fuera todo el fin de semana. Y Jamie tampoco está. Tenemos la casa para nosotros.

El hermano de Connor, Jamie, era seis años mayor que ellos, pero volvió a vivir con su familia cuando dejó la universidad. Pip recordaba lo tenso que estaba el ambiente en casa de los Reynolds cuando ocurrió, y cómo aprendieron todos a pasar con pies de plomo por el tema. Ahora era tabú.

Llegaron a la cocina, donde Lauren había arrastrado a Zach y le estaba dando una bebida. Cara y Ant también estaban allí, con una copa de vino tinto cada uno. Una mejora considerable de cualquier brebaje que pudiera hacerse con las bebidas que hubiera disponibles.

—Saludos, madame Pip —dijo Cara, la mejor amiga de Pip, con un acento horrible, deslizándose para agarrar la boa de Pip y dejándosela caer por su vestido verde esmeralda. Pip echaba de menos su peto—. Qué elegancia.

—Poundland —respondió Pip, mirando de arriba abajo el disfraz de Cara.

Llevaba un desaliñado vestido negro con un delantal blanco y el pelo rubio oscuro cubierto con un pañuelo gris. También había optado por pintarse unas arrugas en la cara, ligeramente más sutiles y eficientes que las de Connor—. ¿Cuántos años se supone que tiene tu personaje? —preguntó Pip.

—Ah, es viejísima —dijo Cara—. Cincuenta y seis.

—Parece que tienes ochenta y seis.

Ant soltó una carcajada y Pip por fin lo miró. Era el más excéntrico de todos, vestido con un traje de raya diplomática que le quedaba demasiado grande, una corbata blanca brillante, un bombín negro y un bigote falso gigante pegado sobre el labio.

—Por la libertad y el verano —dijo Ant, levantando el vino durante un instante antes de dar un sorbo. Se le cayó el bigote a la copa y volvió a emerger lleno de gotitas rojas.

Esta «libertad» era porque habían terminado los exámenes, era finales de junio y la primera vez que estaban todos juntos, los seis, desde hacía bastante tiempo, a pesar de que todos vivían en el mismo pueblo e iban al mismo instituto.

—Sí, bueno —dijo Pip—, aunque todavía no es verano porque nos queda un mes de clase. Además, tenemos que

entregar en breve el Proyecto Complementario. —Vale, a lo mejor tenía que practicar un poco más eso de fingir. No podía evitarlo. Sentía un pinchazo de culpa desde que salió de casa que le recordaba que tenía que haber empezado con ese trabajo este fin de semana, aunque hubiera hecho el último examen ayer. Los descansos no le sentaban bien a Pip Fitz-Amobi, y la «libertad» no le resultaba muy liberadora.

—Tía, en serio, ¿no puedes descansar ni una noche? —le dijo Lauren, con los ojos y los pulgares clavados en su teléfono.

Ant intervino.

—Podemos darte algunos deberes si así vas a estar más tranquila.

—Además, estoy segura de que ya has elegido el tema para el proyecto —dijo Cara, olvidándose del acento.

—Qué va —dijo Pip. Y ese era el problema.

—Mierda —dijo Ant, fingiendo pavor—. ¿Estás bien? ¿Quieres que llamemos a una ambulancia?

Pip le hizo la peineta y utilizó el dedo corazón para darle un golpe al bigote postizo.

—Nadie me toca el bigote —dijo mientras se apartaba—. Es sagrado. Y me da miedo que me tire de los pelos del bigote de verdad.

—Como si a ti te saliera bigote. —Lauren se rio, sin levantar la mirada del teléfono. Ella y Ant tuvieron un romance muy corto y destinado al fracaso el año pasado, que consistió básicamente en unos cuatro besos estando borrachos. Ahora tenían suerte si Lauren era capaz de separarse de su actual novio, Tom, que era evidente que estaba al otro lado de la pantalla del teléfono.

—Bueno, damas y caballeros. —Connor carraspeó y cogió otra botella de vino, y una Coca-Cola para Pip—. Si son tan amables de seguirme hasta el comedor, por favor.

—¿Yo también, la humilde cocinera? —dijo Cara.

—Tú también. —Connor sonrió y los guio por el pasillo hasta el comedor, que estaba al fondo de la casa. Todavía seguía ahí, el golpe en el marco de la puerta, de cuando Connor hizo *skate* dentro de casa con doce años. Pip le dijo que no lo hiciera, pero ¿alguien la escuchaba alguna vez?

Cuando Connor abrió la puerta, el sonido amortiguado que provenía de dentro se convirtió en un suave *jazz* sonando desde la Alexa que había en un rincón de la habitación. Habían alargado la mesa, puesto un mantel blanco y unas finas velas parpadeaban en su centro, derramando cera roja por los lados.

Los sitios ya estaban asignados: platos, copas de vino, cuchillos y tenedores colocados. Y unas pequeñas etiquetas con los nombres sobre los platos. Pip vio el de «CELIA BOURNE». Estaba sentada entre «DORA KEY», Cara, y «HUMPHREY TODD», Connor, justo delante de Ant.

—¿Qué hay para cenar? —dijo Zach, acariciando el plato vacío mientras se sentaba en el otro extremo de la mesa.

—Ah, eso —dijo Cara—. ¿Qué he cocinado para la cena, querido mayordomo?

Connor sonrió.

—Creo que esta noche has preparado pizza de Domino's al darte cuenta de que elaborar una cena para tanta gente, además de ser la anfitriona de una fiesta en la que hay un asesinato por resolver, era demasiado trabajo.

—Ah, pizza para llevar, mi plato estrella —dijo Cara, colocándose el vestido para poder sentarse.

Pip se instaló y se fijó en un libreto que había junto a su plato, en el que se leía el título: *Kill Joy Games – Muerte en la mansión Remy*. También ponía su nombre: Celia Bourne.

—Que nadie toque el libreto todavía —dijo Connor, y Pip apartó la mano con un resoplido.

Connor se puso de pie delante del ventanal. Todavía había algo de luz fuera, aunque había un extraño brillo rosa grisáceo a medida que llegaban las nubes para reclamar su noche. El viento también se estaba levantando y hacía bailar los árboles del fondo del jardín, que aullaban entre los silencios de la música.

—A ver, antes que nada —anunció Connor con un táper en la mano—. Meted aquí vuestros teléfonos.

—¿Perdona? —Lauren parecía disgustada.

—Lo que has oído —dijo Connor, y sacudió el táper mirando a Zach, que entregó el suyo sin rechistar—. Estamos en 1924, no podemos tener móviles. Y quiero que nos concentremos todos en el juego.

Ant metió el suyo.

—Eso —dijo—, que si no, no ibas a parar de escribirte con tu novio.

—¡Mentira! —protestó Lauren mientras metía el teléfono a regañadientes en la fiambreira.

Los demás estaban en silencio: todos habían pensado lo mismo. Y, en ese silencio, a Pip le pareció oír algo arriba. Como unos pasos amortiguados. Pero no, no podía ser. Connor había dicho que estaban solos en casa. Se lo debió de haber imaginado. O a lo mejor solo había sido el ruido del viento.

Pip metió su teléfono y el de Cara en el recipiente.

—Gracias —dijo Connor, haciendo una reverencia, como buen mayordomo. Lo llevó a la mesita que había al fondo de la habitación e hizo todo un numerito para meterlo dentro del cajón y cerrarlo con una pequeña llave, que colocó encima del radiador. Pip pilló a Lauren mirando de reojo.

—Muy bien. A partir de ahora, no nos podemos salir del personaje —dijo Connor, dirigiendo sus palabras a Ant, que se reía disimuladamente.

—Sí, soy yo, Bobby —dijo Ant. Y luego, pasándole el brazo por encima de los hombros a Zach, añadió—: Mi hermano y yo.

Pip los miró. Eran los primos de Celia Bourne, Ralph y Bobby Remy. Malditos niños malcriados.

—Muy bien, señor —respondió Connor—. Pero ¿no le resulta extraño que nos hayamos reunido para celebrar el septuagésimo cuarto cumpleaños de Reginald Remy y que no se haya presentado a la cena? —Hizo una pausa y los miró intencionadamente.

—Sí, mmm, es muy extraño —dijo Cara.

—No es propio de mi tío —añadió Pip.

Zach asintió.

—Padre nunca se retrasa.

Connor sonrió, encantado consigo mismo.

—Tiene que estar en la mansión, en alguna parte. Debemos ir en su búsqueda.

Todos se quedaron mirándolo con atención.

—He dicho que deberíamos ir en su búsqueda —repitió Connor.

—Ah, ¿ir a buscarlo de verdad? —preguntó Lauren.

—Sí, tiene que estar en algún sitio. Lo mejor será que nos separemos.

Pip se puso de pie y salió de la habitación con los demás. Era evidente que a Reginald Remy lo habían asesinado, el objetivo del juego era resolver un misterioso asesinato, al fin y al cabo. Pero ¿qué estaban buscando, exactamente? ¿Una foto del hombre muerto o algo así?

Pasaron por delante del armario del pasillo, que tenía un papel pegado en el que se leía «SALA DE BILLAR».

Zach abrió las puertas del armario y miró dentro.

—No está en la sala de billar —dijo—, y tampoco hay una mesa de billar.

Cara y Ant se pusieron a forcejear y a correr para ser los primeros en llegar a la puerta del salón, que habían etiquetado como «BIBLIOTECA». Pero los pies de Pip tiraban de ella al otro lado, hacia las escaleras, y Zach le pisaba los talones. Si había oído algo de verdad, había tenido que provenir de arriba del comedor. Pero ¿qué era? Estaban solos en casa.

Subieron las escaleras, pero al llegar arriba se separaron. Zach se dirigió vacilante hacia el dormitorio de Connor, y Pip hacia el otro lado, a la habitación que estaba justo encima del comedor. Sabía que ese era el despacho del padre de Connor, pero el papel de la puerta le decía que, esta noche, era el «ESTUDIO DE REGINALD REMY».

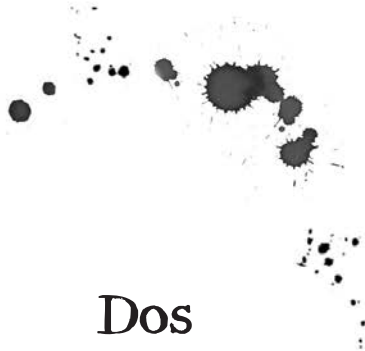
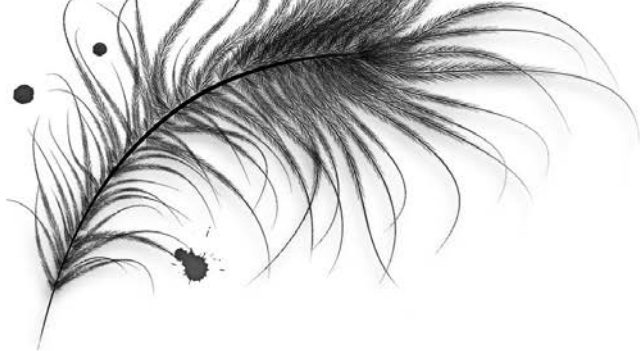
La puerta crujió al abrirla. Estaba oscuro, las cortinas impedían el paso de los últimos rayos de luz de la tarde. Su visión se ajustó a una habitación llena de sombras borrosas. Nunca había entrado aquí y sintió un escalofrío incómodo en la nuca; ¿tenía permiso para estar aquí?

Pip veía la oscura silueta del escritorio contra la pared del fondo, y lo que debía de ser una silla con ruedas. Pero había algo que no encajaba. La silla estaba de espaldas al escritorio, apuntando hacia ella. Y una sombra rompía la silueta. Había algo en esa silla. O alguien.

A Pip se le aceleró el corazón en el pecho mientras recorría los dedos por la pared en busca del interruptor de la luz. Lo encontró, y lo encendió aguantando la respiración.

La luz amarilla parpadeó y llenó las sombras. Pip tenía razón, había alguien sentado en aquella silla. Se le hundió el corazón hasta el amargo ácido del estómago, porque lo único que podía ver era sangre.

Muchísima sangre.



Dos

Era Jamie, el hermano mayor de Connor.

No se movía.

Tenía los ojos cerrados y la cabeza doblada en un extraño ángulo hacia el hombro. Toda la parte delantera de la camiseta, que antes era blanca, estaba empapada de sangre, brillante bajo la luz y roja como la ira.

Se le quedó la mente en blanco, y se le volvió a llenar con toda esa sangre.

—J-Ja... —empezó a mascullar Pip, pero la palabra se cortó, se golpeó contra los dientes apretados mientras miraba a Jamie. Espera... igual sí que se movía. Parecía que estaba temblando, se le agitaba el pecho.

Pip dio un paso adelante. Los ojos no la estaban engañando; estaba temblando de verdad, estaba segura. Temblando, jadeando o...

... riéndose. Se estaba riendo, intentaba aguantarse, pero abrió los ojos y la miró.

—Jamie —dijo enfadada. Con él y consigo misma; claro que era solo parte del juego. Lo tendría que haber sabido nada más verlo.

—Lo siento, Pip —se rio Jamie—. Me ha quedado guay, ¿eh? Parecía supermuerto.

—Sí, supermuerto —dijo ella mientras respiraba hondo para liberar la tensión que sentía en el pecho. Y ahora que



estaba más cerca, la sangre falsa era demasiado roja, como las manchas de pintalabios en las manos.

—Supongo que tú eres Reginald Remy, entonces —dijo.

—Lo siento, no puedo responderte. Estoy demasiado muerto —respondió Jamie, recolocándose la bata morada que tenía sobre la camiseta—. Mierda, ya vienen. —Volvió a dejar caer la cabeza y a cerrar los ojos. Pip escuchó a los demás subiendo las escaleras.

—¿Celia, dónde estás? —gritó Cara con su acento falso.

—¡Aquí! —respondió Pip.

Zach fue el primero en llegar desde el otro lado del descansillo. Sonrió cuando asomó la cabeza por la puerta y vio a Jamie.

—Durante un segundo me he creído que era de verdad —dijo.

Lauren ahogó un grito y los demás se amontonaron detrás de ella.

—Qué asco —dijo ella—. Y habías dicho que estábamos solos, Connor.

—¡Cáspita! —gritó Connor—. ¡Parece que alguien ha asesinado a Reginald Remy!

—Sí, creo que todos lo hemos pillado. Gracias, Connor —dijo Cara.

—Humphrey, si no te importa —respondió.

Hubo un momento de silencio mientras todos miraban expectantes a Connor. Y el cadáver carraspeó.

—¿Qué? —Connor se giró hacia su hermano.

—Tu frase, Con —dijo el cuerpo sin vida, moviéndose lo menos posible.

—Ah, claro. ¡Todo el mundo al comedor, vamos! —anunció Connor—. Llamaré a Scotland Yard cuando... Ah, y también tengo que pedir las pizzas.

Estaban todos sentados de nuevo en sus sitios asignados, y Pip luchaba contra la necesidad de coger el libreto. Pasaron unos minutos hasta que Jamie volvió a la habitación. Pero ya no era el cadáver de Reginald Remy. Se había puesto una camiseta limpia. Y llevaba un casco policial de plástico. Connor y él se parecían mucho, incluso para ser hermanos: rubios con la piel pecosa. Aunque Connor era más delgado y sus rasgos más delicados, y el pelo de Jamie era casi marrón. Jamie se había ofrecido a dirigir el misterioso asesinato para que Connor también pudiera jugar.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Jamie, poniéndose junto a un extremo de la mesa, analizándolos a todos con un libreto de *Kill Joy Games* más grueso en la mano—. Mi nombre es inspector Howard Whey, de Scotland Yard. Me han informado de que se ha producido un asesinato.

—¡Ha sido Sal Singh! —gritó de pronto Ant, mirando a su alrededor, esperando que todo el mundo se riera.

La mesa se quedó en silencio.

Claro que se había producido un asesinato, un asesinato de verdad, en su pueblo, Little Kilton, hacía poco más de cinco años. A Andie Bell, que tenía la misma edad que Pip en aquel momento, la asesinó su novio, Sal Singh, que se suicidó días después. Un caso evidente de asesinato y suicidio, según la policía. Y en Little Kilton todo era un recuerdo de lo que ocurrió: su instituto, al que también fueron Andie y Sal; el bosque junto a la casa de Pip, donde encontraron a Sal; la dedicatoria para Andie en el banco de la plaza del pueblo; los Bell y los Singh, que aún vivían allí.

Era casi como si el pueblo hubiera quedado definido por el asesinato de Andie Bell, como si se pronunciaran juntos en el mismo aliento, inseparables el uno del otro. A veces a Pip se le olvidaba lo insólito que era que le hubiera ocurrido algo tan terrible a alguien tan cercano a ellos. La hermana mayor

de Cara, Naomi, había sido la mejor amiga de Sal. Por eso Pip lo conocía, y él siempre había sido muy majo con ella. No quería creerlo. Pero, como decía todo el mundo, era un caso evidente. Lo hizo él. Así que así debió de ser.

Pip miró a Jamie y vio un destello en sus ojos. Jamie era de la edad de Andie y fueron compañeros de clase aquel año.

—Cállate, Ant —dijo Cara muy seria, sin rastro de la cocinera Dora Key.

—Claro —afirmó Jamie, recuperándose—. Típico de Bobby Remy, siempre interrumpiendo en busca de atención. Como iba diciendo... —Corrió un tupido velo por el ambiente incómodo—, se ha producido un asesinato. Reginald Remy está muerto, y como vosotros sois las únicas personas presentes en su recóndita isla privada y solo hay un barco al día, el asesino tiene que estar en esta habitación.

Todos se miraron sospechosos, y Pip se fijó en que Cara evitó la mirada de Ant.

—Pero, si trabajamos juntos, podremos resolver este misterio y llevar al culpable ante la justicia —continuó Jamie, leyendo la frase del libreto—. Tomad —dijo, levantando una bolsa de Tesco—, voy a daros una libreta y un bolígrafo a cada uno para que podáis ir anotando pistas e hipótesis. —Jamie le pidió a Connor que las repartiera como Humphrey Todd, el mayordomo, y él aceptó con diligencia.

Pip no perdió ni un minuto en escribir su nombre en la primera página de la libreta y en empezar a tomar notas. No es que le importara —solo era un juego—, pero odiaba ver un cuaderno sin usar.

—Para comenzar, ¿qué os parece si nos vamos presentando? —dijo Jamie—. Estoy seguro de que todos os conocéis bien, pero a mí me gustaría saber algo más de nuestros sospechosos. Empecemos contigo, Bobby —dijo, señalando a Ant con la cabeza.

—Vale. —Ant se levantó—. Hola a todos, me llamo Robert, «Bobby» Remy. Tengo treinta y nueve años y soy el hijo mayor, y el favorito —dijo, con una mirada bromista a Zach—, de Reginald Remy. Trabajaba para el imperio de hoteles y casinos Remy e iba a heredar la empresa de mi padre pero, hace unos años, me di cuenta de que ese trabajo no era lo mío y, desde entonces, simplemente vivo tranquilo en Londres. Menos mal que mi padre todavía me paga los gastos. Me pagaba, quiero decir. Ay, mi pobre padre, ¿quién ha podido hacerle algo así? —Se llevó las manos al pecho de forma muy exagerada.

—Muy bien, siguiente —dijo Jamie, señalando a Zach.

—Hola a todos —saludó mientras se ponía de pie, hundiendo la cabeza—. Soy Ralph Remy, el hijo pequeño de Reginald, tengo treinta y seis años. Trabajo en los hoteles y casinos Remy y, en los últimos años, mi padre me ha estado formando para que me encargue de la empresa. Llevaba un tiempo jubilado, pero seguía tomando las decisiones más importantes. Trabajábamos en equipo. Eh... ¡ah! —exclamó, señalando a Lauren, que estaba dos sillas más allá—. Esta es mi encantadora esposa, Lizzie. Llevamos cuatro años casados y somos muy felices juntos. —Se acercó a darle unas palmaditas a Lauren en la espalda y volvió a su sitio.

—¿Yo? —Lauren fue la siguiente, y se levantó—. Soy Lizzie Remy, Tasker es mi apellido de soltera. Tengo treinta y dos años. Soy la nuera de Reginald, la mujer de Ralph. Sí, somos muy felices, querido —sonrió a Zach—. También trabajo en la empresa familiar y he sido la encargada del casino principal de Londres. Es posible que alguno de vosotros piense que no formo parte de esta familia, pero me he ganado mi lugar aquí, y eso es todo lo que tengo que decir.

—Vale —dijo Pip, colocándose la boa de plumas mientras se levantaba. Se sentía un poco ridícula, pero, ya que

estaba aquí, iba a intentar disfrutarlo. A lo mejor así se olvidaba de la propuesta del proyecto que le esperaba en casa. Mierda, ahora había vuelto a pensar en ello.

—Soy Celia Bourne, de veintinueve años. Reginald Remy era mi tío. Mis padres murieron trágicamente cuando era pequeña, así que los Remy son mi única familia. Aunque igual necesitan que se lo recuerde —dijo, mirando intensamente a Ant y a Zach—. Cómo me alegro de que todos vosotros trabajéis en la empresa familiar; a mí nunca se me ha ofrecido nada parecido. Actualmente trabajo como ama de llaves en Londres, y les doy clases a los niños de una familia pudiente y muy acogedora.

—Oh, mis habilidades detectivescas han captado cierta tensión —dijo Jamie, dándose golpecitos en el casco de policía—. ¿Y los empleados de la casa? —Miró a Cara y a Connor.

—Sí, yo soy Humphrey Todd —anunció Connor, levantándose de la silla—. Sesenta y dos años, un chaval. Llevo veinte años trabajando de mayordomo en la mansión Remy. No siempre ha sido fácil vivir en un sitio tan remoto. Tengo una hija, ¿saben?, y no puedo visitarla tanto como me gustaría. Pero el señor Remy siempre me ha pagado bien y le guardo el más profundo respeto. En todo este tiempo, viéndonos todos los días, creo que llegamos a ser buenos amigos.

Ant soltó una carcajada.

—Nadie se hace amigo del servicio —dijo.

—Bobby —Zach lo miró, desconcertado—, no seas cruel.

—Muy bien, señor —dijo Connor, haciendo una reverencia hacia Ant mientras volvía a sentarse.

—Por último, pero no menos importante —dijo Cara sobre sí misma, forzando de nuevo el acento al levantarse—. Soy Dora Key, y solo tengo cincuenta y seis años, aunque he escuchado a alguno ir diciendo por ahí que aparento ochenta

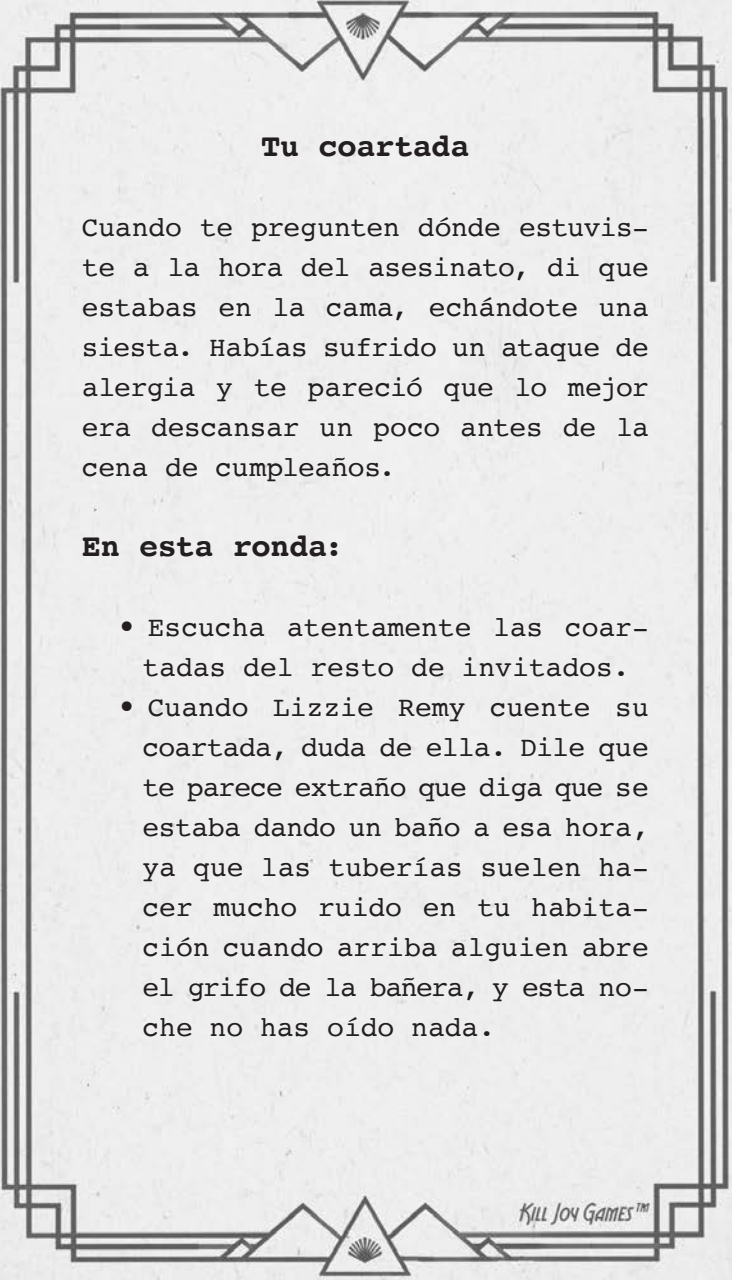
y seis. —Lanzó una mirada intencionada a Pip—. Soy la cocinera de la mansión. No llevo mucho tiempo aquí, me contrataron hace solo unos seis meses. Parece ser que antes había más personal, pero después de la muerte de su esposa, el señor empezó a despedir a gente, aunque me imagino que se dio cuenta de que no podría sobrevivir sin una cocinera. El viejo Humph y yo somos los que mantenemos a flote esto, aunque es un trabajo bastante duro.

—Excelente —dijo Jamie—. Ahora que nos conocemos todos, permitidme que os cuente lo que he podido averiguar con la investigación inicial. —Empezó a leer en voz alta—. Todos los invitados llegaron ayer, viernes, en el mismo barco desde la península, para pasar el fin de semana aquí. Esta noche, en su cumpleaños, Reginald Remy, de setenta y cuatro años, ha sido asesinado en su estudio con una puñalada mortal directa en el corazón. Murió en el acto. No hay signos de forcejeo en el cuerpo, lo que significa que Reginald conocía y confiaba en su asesino, quien pudo acercarse a él sin levantar sospechas.

Pip fue escribiendo, ya llevaba dos páginas.

—Lo que tenemos que hacer ahora, entonces, es establecer la hora de la muerte y conocer vuestras coartadas. Por favor, si sois tan amables, abrid vuestros libretos por la primera página. No paséis más adelante.

Pip cogió el suyo y lo apoyó encima del plato. Leyó la primera página rápidamente, y luego otra vez al darse cuenta de que Connor y Cara estaban mirándola, cambiando de expresión para ocultar sus secretos.



Tu coartada

Cuando te pregunten dónde estuviste a la hora del asesinato, di que estabas en la cama, echándote una siesta. Habías sufrido un ataque de alergia y te pareció que lo mejor era descansar un poco antes de la cena de cumpleaños.

En esta ronda:

- Escucha atentamente las coartadas del resto de invitados.
- Cuando Lizzie Remy cuente su coartada, duda de ella. Dile que te parece extraño que diga que se estaba dando un baño a esa hora, ya que las tuberías suelen hacer mucho ruido en tu habitación cuando arriba alguien abre el grifo de la bañera, y esta noche no has oído nada.